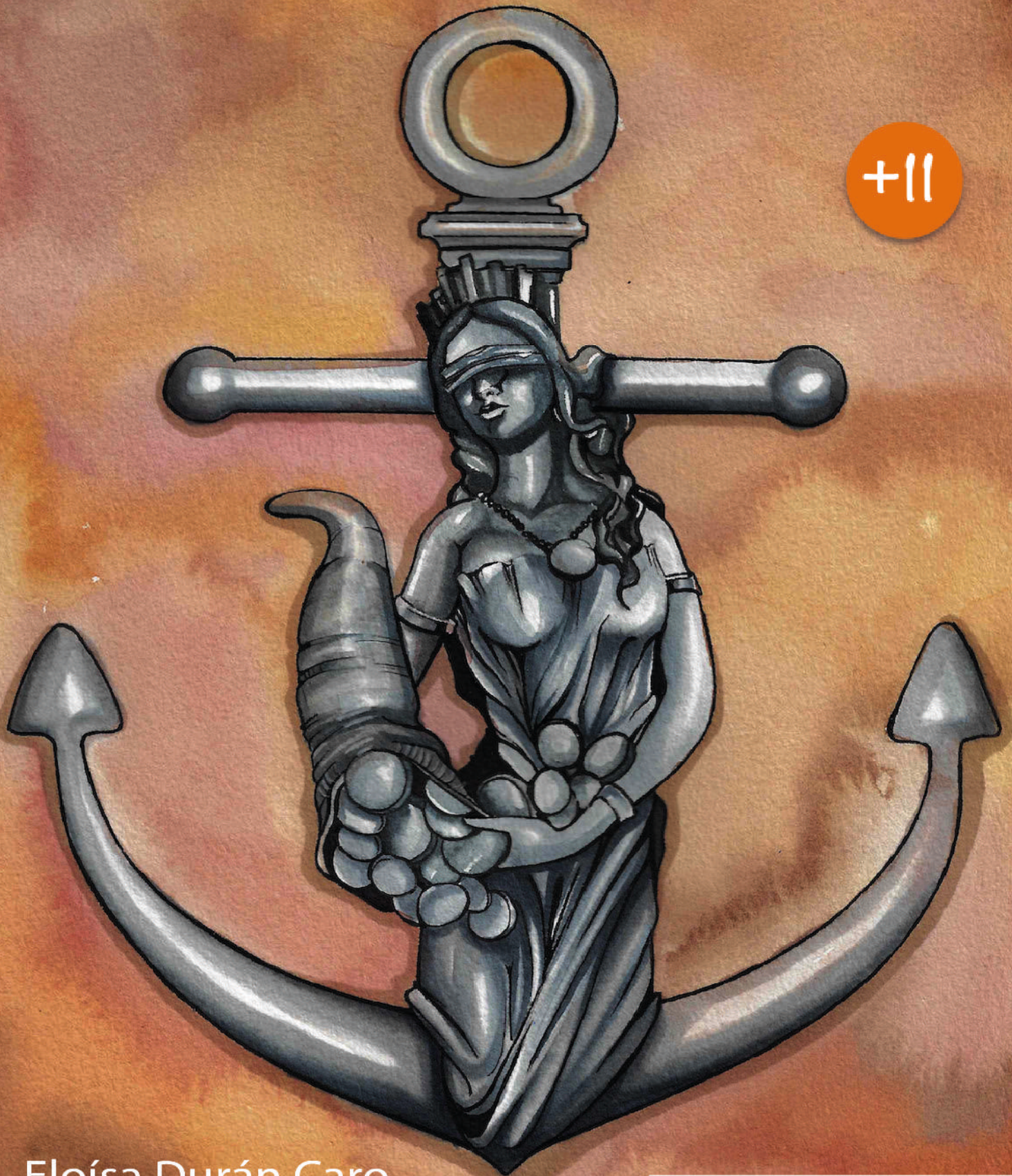


# Fragmentos del pasado

+11



Eloísa Durán Caro  
Cristina Vaquero

WEEBLEBOOKS



 2019

Autora: M. Eloísa Caro Durán  
Ilustraciones: Cristina Vaquero  
Corrección de texto: Dolores Sanmartín

<http://www.weeblebooks.com>  
[info@weeblebooks.com](mailto:info@weeblebooks.com)

Madrid, España, enero 2019



**Licencia:** Creative Commons Reconocimiento-  
NoComercial-CompartirIgual 3.0  
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

# Patrocina este libro

Incrementa el Valor de tu Marca y conviértete en una  
Empresa Socialmente Comprometida

¿Hablamos?

Contacta con [info@weeblebooks.com](mailto:info@weeblebooks.com)



WEEBLEBOOKS

## ÍNDICE

MAYRIT Y LOS VIAJES DEL AGUA  
ENTRE HISPALIS E ITALICA  
RUMBO A METELLINUS  
AUGUSTALIAS EN CORBUBA  
SORPRESA EN CASTRA CAECILIA

# MAYRIT Y LOS VIAJES DE AGUA

- ¡Alto!, ¡alto! –gritó Alim, el maestro de los viajes de agua, mientras su asistente, el joven Yusuf, alertaba a los guardias.

- ¿Qué haces ahí? –dijo Alim–, ¿por qué has abierto la reja?

Hernán, sorprendido, no sabía qué responder y escondió la mirada tras sus pestañas interminables.

- ¿Qué guardas en esa bolsa?

Antes de que el joven pudiera responder, llegaron dos guardias uniformados y lo apresaron.

- Es muy grave lo que pretendía hacer, debemos llevarlo directamente ante el cadí –propuso el maestro.

Los cuatro estuvieron de acuerdo. Cruzaron la muralla por la Puerta de la Vega, que, escoltada por dos torres cuadradas, parecía dar la bienvenida a la ciudad.

Se adentraron en la medina por la calle empedrada que conducía a la mezquita, desde cuyo alminar llegaba la voz del almuédano llamando a la oración.

Por una de las callejuelas de tierra que se asomaban a la calle principal, apareció Al-Mudayna con su cuerpo menudo envuelto en un vestido azulado. Salía de su casa, como siempre al despuntar el día, para ir a la fuente de aguas finas, antes incluso de que los aguadores llenaran sus cántaros y los cargasen en las aguaderas de los pacientes asnos que, como autómatas, recorrían cada día las calles abarrotadas de transeúntes.

Pero aquel no iba a ser un día cualquiera para Al-Mudayna: era un día especial, era el día de su boda, aunque nadie, excepto ella y su amor secreto, lo sabían.

Cuando la comitiva encabezada por Hernán y los soldados pasó cerca de la joven, el cántaro de barro que portaba cayó al suelo y se rompió en mil pedazos. Asustada, entró de nuevo en la casa. Su madre, desde el patio trasero donde guardaba una saca de harina en el silo, la llamó, pero ella subió de dos en dos los peldaños que conducían a su habitación. Dejó sobre el baúl de madera labrada el manto que le cubría el rostro, y sus ojos negros



quedaron atrapados en la celosía de la ventana que miraba al exterior.

Los barberos tomaban las esquinas y los saltimbanquis y faquires las plazas, los baños públicos abrían sus puertas y los mercaderes exponían en los tenderetes las frutas exóticas, las telas de seda y los candiles de barro.

El olor a guisos, a especias y a perfumes ocupaba las calles. También sobre ellas vertía el sol su calor intenso.

Hernán y sus cancerberos llegaron a la mezquita. En el patio, frente a la fuente de las abluciones, sentado sobre una alfombra de colores cálidos y asistido por dos secretarios, resolvía el cadí los pleitos que le presentaban.

El maestro de fontaneros presionó al ujier y a los litigantes y consiguió ser atendido de inmediato.

Él mismo expuso el caso ante el cadí, que escuchaba atento.

- Señor, este cristiano ha sido sorprendido en uno de los depósitos de agua que abastecen las numerosas fuentes de la ciudad. Y precisamente los canales que parten de allí no sólo conducen el agua a las fuentes públicas, los baños o las casas nobles de la zona norte, también llegan hasta el alcázar. Su intención era la de atentar contra el mismísimo gobernador. En su bolsa escondía unas hierbas con las que, sin duda, pretendía envenenar el agua. Había forzado la cerradura y sobrepasaba ya la verja de seguridad. Lo que no entiendo es cómo este jovenzuelo conoce con tal precisión la trayectoria de cada uno de los viajes de agua.

- ¿Es cierta la acusación vertida sobre usted? –preguntó el cadí a Hernán, atusando su espesa y rojiza barba afilada.

- No, no lo es.

- Si es así, necesito conocer su versión.

Bajo un silencio inquietante, Hernán apartó el cabello ondulado de su frente.

- Pero ¿por qué no se defiende? Muestre el contenido de la bolsa –ordenó.

Hernán la puso boca abajo y cayeron al suelo varias plantas y un pequeño e insignificante trozo de caña de las que crecen junto a los ríos.

- ¿Qué tipo de planta es ésta?, ¿se trata de belladona? –preguntó.

- En absoluto, sus hojas son similares, pero ésta sirve para curar quemaduras.

- Entonces, ¿qué hacías allí? Si no hablas, daremos por hecho que eres culpable y serás sentenciado según nuestras leyes. Y debes saber que para este tipo de delitos, el castigo es la pena de muerte.

El cadí había perdido por completo la paciencia y, cuando se disponía a dictar sentencia, apareció Al-Mudayna.

- ¡Es inocente! –gritó–. Sólo quería protegerme.

Se aproximó y entregó al juez un cofrecillo de bronce que guardaba pequeños trocitos de caña.

- Pero ¿qué es esto? –dijo el cadí, que no entendía nada.

- Ábralos –dijo ella.

En el interior de cada uno de los fragmentos de tallos huecos y perfectamente recortados, el cadí encontró diminutos papiros.

Los desenrolló como si se tratase de una delicada flor seca y, sorprendido ante el inesperado hallazgo, exclamó:

- Pero... si sólo son... ¡mensajes de amor!

Las mejillas de Al-Mudayna enrojecieron.

Todos centraron entonces su mirada en la caña que cayó de la bolsa del joven cristiano. Ella era la verdadera protagonista, la que, presumiblemente, cuando el muchacho fue sorprendido, estaba preparada para que los viajes de agua llevaran su mensaje a la joven que había conquistado a Hernán.

Uno de los secretarios buscó en su interior, siguiendo las indicaciones del juez.

- Su contenido es diferente a los demás –dijo–, parecen dos iniciales entrelazadas.

- Sí, esconde un mensaje diferente porque hoy era un día diferente –dijo Al-Mudayna–, hoy iba a ser un día muy especial.





Hernán, el hijo del mejor alarife de Mayrit, fue absuelto y puesto en libertad. En cambio, la joven fue recluida en casa por su familia y ya nunca más pudo bajar a la fuente.

No obstante, cuentan que cada día llegaban cientos de diminutas cañas con hermosos poemas de amor a todas las fuentes de Mayrit.

**FIN**

# ENTRE HISPALIS E ITÁLICA

Con un silbido muy peculiar, el cochero detuvo en la entrada de los astilleros de Hispalis las dos mulas pardas que tiraban la suntuosa carruca. Estaba decorada con maderas talladas que representaban, en uno de los laterales, la figura de la diosa Fortuna derrochando su buena suerte, y, en el otro, el nombre de su dueño, Fortunatus Pompeius Manius, un rico comerciante de Itálica al que muchos relacionaban con el mismísimo emperador Adriano, aunque lo único cierto es que poseía varios barcos anclados en el puerto de Gades, con los que transportaba su aceite a Roma.

- No, no, no. Sabes que debes colocar el carro de forma que agrade a la diosa Fortuna –dijo Fortunatus.

Servus, que entendía muy bien aquellas manías sin sentido del comerciante, lo cambió de lugar, y la diosa y su excéntrico dueño quedaron satisfechos.

Fortunatus permaneció en el asiento más elevado y visible del carro, como una estatua alzada en su pedestal, hasta que llegó Nautius, el mejor armador de Hispalis; lo acompañaba, como siempre, su hijo Creatus.

El acaudalado comerciante levantó ambas cejas dejando al descubierto sus ojos saltones. Con un tono ceremonioso, casi armónico, y mostrando sus dientes perfectamente ordenados, dijo, con el río Betis como testigo y bajo un nítido y entregado sol:

- Según dicen, el astillero de Hispalis es tan competente como el de Gades. Si eso es así, podrías conseguir un buen cliente, aunque tengo que comprobarlo. Quiero que me construyas un barco, pero tienes que ser más rápido y eficaz que los armadores de Gades.

A Nautius, que escuchaba expectante, le sorprendió la propuesta de aquel extravagante y posible cliente; no obstante, cualquier encargo era bienvenido. Por otro lado, el hecho de competir para que los astilleros de Hispalis fueran reconocidos también suponía un gran reto y una motivación para él.

- Por supuesto, sin duda podremos conseguirlo. Construiremos para usted el mejor barco que haya visto nunca y en el menor tiempo posible –contestó Nautius.

- Aún no he terminado –añadió Fortunatus en tono desafiante y levantando una vez más ambas cejas–. Asimismo, debes asegurarme que llevará mi aceite a Roma con la total certeza de que nunca, nunca –recalcó–, se perderá ni una sola ánfora.

- Sí, sí, claro –afirmó Nautius para contentarlo, aunque la euforia inicial se disipó de repente. Él era consciente de que aquello sería imposible; nadie puede asegurar que un barco sea insumergible, pensaba, sin hallar una salida.

- Cuando finalicen los espectáculos en nuestro grandioso anfiteatro de Itálica que se celebrarán en honor al emperador, allá por las kalendas de junio, estaré aquí. Que la diosa Fortuna os guíe.

El excéntrico comerciante recogió su llamativa túnica granate con adornos dorados, subió al carruaje con una notable parsimonia y volvió a Itálica, a su gran mansión próxima a la conocida casa de Hilas.

De vuelta al trabajo, Creatus se percató de que su padre andaba cabizbajo, e intuyendo lo que rondaba su cabeza, le dijo:

- No te preocupes, papá, conseguiremos levantar un barco excepcional que, sin duda, será de su agrado.

Una vez que los constructores proyectaron la embarcación y calcularon la potencia y la capacidad, en los talleres comenzó una frenética actividad. Los obreros cortaron la madera y la ensamblaron asegurándola con cientos de clavijas.

El cuerpo de la nave fue tomando forma y ocupando su gran espacio poco a poco, hasta convertirse en el gran protagonista de los astilleros de Hispalis.

Nautius y su aplicado aprendiz Creatus supervisaron hasta el más mínimo detalle, incluso la calidad de la madera de encina y los cuños de plomo de cada una de las anclas, cuyas uñas se aferrarían al fondo del mar en situaciones de peligro.

Llegaron las kalendas de junio, y con ellas de nuevo la fastuosa entrada de Fortunatus en los astilleros.

Todo estaba preparado. Nautius, ilusionado, lo condujo hasta el barco.

- Aquí lo tiene, ha quedado perfecto. Puede subir a comprobarlo, es el barco más sólido que haya pisado jamás.



Sin decir una sola palabra, Fortunatus paseó por cubierta, se apoyó en el mástil que sujetaba la vela cuadrada y, ante la atenta mirada de cuantos aguardaban su veredicto, apartó con calma unas gruesas maromas perfectamente colocadas.

Bajó a la bodega y escudriñó el espacio que sería ocupado por las ánforas cargadas de aceite.

La comitiva descendió del barco y Nautius continuaba esperando impaciente su reacción.

- Reconozco que –dijo al fin Fortunatus levantando las dos cejas–, el detalle de mi nombre ocupando todo el lateral del barco no ha estado mal. También debo confirmar que esta embarcación es fruto de un buen trabajo: es más, puedo asegurar con toda certeza que los astilleros de Hispalis están a la altura de los de Gades.

Todos cuantos se habían congregado para apoyar y presenciar aquel gran desafío que encumbraría a la ciudad aplaudieron entusiasmados.

- Pero... –continuó Fortunatus–, éste es un barco como los demás, y muy probablemente en alguno de sus viajes se hundirá como los demás y con él mi maravilloso aceite.

Nautius, decepcionado, no sabía qué decir.

- No se preocupe –dijo Creatus–, yo le entiendo, sé lo que busca y cómo hacer que su barco y sus ánforas de aceite no se hundan jamás. Vuelva en unos días y lo comprobará.

- Que la diosa Fortuna os guíe –dijo Fortunatus mientras se alejaba.

- ¿Por qué has dicho eso? Tú, como yo, sabes que es imposible contentarlo, no existe lo que quiere.

- Sí, papá, yo tengo la solución, confía en mí.

Creatus se encerró en un almacén de los astilleros. Preocupados, los hispalenses veían como el joven armador salía a buscar una herramienta o alguna pieza secreta. Pero todo era un gran misterio en aquel improvisado taller, incluso para Nautius.

Al cabo de unos días Fortunatus volvió y, de nuevo, el joven le invitó a subir al barco. Cruzaron la cubierta hasta la proa y allí estaba su gran



creación.

El comerciante levantó las dos cejas dispuesto a lanzar su reiterado discurso, pero fue incapaz de articular una sola palabra cuando Creatus le mostró la pieza que faltaba. Ante él había un ancla, hermosa y excepcional, como nunca antes se había visto en ningún barco; tenía forma de mujer, de una mujer muy especial, de la diosa Fortuna. Sólo ella podría conseguirlo, ella sería la salvaguarda del barco, ella aportaría la solidez y la tranquilidad en los momentos difíciles.

- ¡¡Magnífico!! –gritó Fortunatus entusiasmado–, la presencia permanente de la diosa Fortuna en las entrañas del barco lo hará invencible. Conseguirá sortear corrientes desmedidas y superar tormentas aterradoras, llevando así mi preciado y valioso aceite una y otra vez desde Itálica hasta las mejores casas de Roma sin perder ni una sola ánfora.

Y así fue como el increíble Fortunatus quedó al fin satisfecho gracias a un pequeño detalle, aunque lleno de valor para él.

Y así fue como los astilleros de Hispalis llegaron a ser reconocidos por su excelente trabajo y... por su singular ingenio.

**FIN**



# RUMBO A METELLINUS

- ¡Por favor!, ¿podría llevarnos? –gritaban dos desconocidos agitando las manos desde la orilla del caudaloso y sereno Anas.

- Ah, no, ni se te ocurra –ordenó a su marido la singular señora Secundilla, mientras recolocaba el pelo negro del tenso y brillante moño que lucía en lo más alto de la cabeza saltándose todas las modas del momento–. De eso nada, no podemos perder ni un instante.

- Tal vez necesiten ayuda –insistió él–, parecen cansados.

- ¿Pero no ves las pintas que tienen? ¡Oh!, mira, uno de ellos tiene el pelo pintado de un grotesco rojo chillón, debe de estar loco, la cara tiznada y las ropas más andrajosas que las de un esclavo carbonero. No tendrán ni un sestercio, díles que si quieren subir, deben pagar un denario de plata.

- Pero si yo sólo cobro...

- Verán –dijo Mummius resignado–, es que soy barquero río abajo y cobro un denario por mis servicios.

- Le pagaremos el doble.

- Sí, sí, el doble –dijo Secundilla–. Y qué esconderán en ese baúl blanco, tal vez guarden un cadáver... Díles que ahora no estás de servicio.

- Es que vamos a Metellinus –dijo el barquero.

- Perfecto, allí es adonde nos dirigimos.

Mummius, tras reflexionar unos instantes, desoyendo las “recomendaciones” de su mujer y consciente de las posibles represalias a las que se enfrentaría, remó hasta la orilla y permitió que subieran a su modesta barquichuela aquellos dos extraños y su inseparable baúl blanco. Él les dejó su sitio e intentó hacerse hueco en el otro extremo, junto a su mujer, cuyas enormes posaderas ocupaban prácticamente todo el asiento.

La embarcación comenzó a balancearse seriamente, pero la maestría del barquero enseguida devolvió la estabilidad.

Secundilla, muy enfadada, le dijo bajito al oído:



- Como lleguemos tarde y me pierda la obra, te vas a enterar. La mejor compañía del momento actuando en Metellinus, nada menos que el gran Clodio en el escenario. Por cierto, dicen que es guapísimo.

Una vez restablecida la calma, el pasajero del pelo rojo dijo:

- No sabe cuánto agradecemos su gesto, Sr....

- Me llamo Mummius Quintus y ella es...

El amable barquero no pudo continuar la frase porque Secundilla le había propinado una elocuente patada en la espinilla que significaba "silencio".

- No tenemos que ser amigos de estos pobretones –le susurró entre dientes amenazantes.

Mummius levantó las cejas resignado y, bajo la cómplice mirada de sus pasajeros, se centró en apurar cuanto antes la escasa distancia que los separaba de Metellinus.

A media mañana ya habían atracado en el desvencijado muelle de madera donde los pescadores se arremolinaban tras la faena.

Los dos pasajeros bajaron deprisa y, mientras se alejaban veloces como jamelgos portando su inseparable baúl blanco, el del pelo rojo les dijo:

- Esta tarde, tras la representación, nos encontraremos en la puerta principal del teatro y les pagaremos lo acordado.

- Pero ¿a dónde vais?, ¡esperad, ladrones! –gritaba Secundilla manoteando sin parar.

- Ya te lo advertí –chilló a su marido mientras lanzaba el último bramido.

Mummius, con su habitual parsimonia, intentó sofocar el enfado de su mujer.

- Vamos, querida, el teatro va a comenzar.

- Sí, ya me enfadaré después, no podemos retrasarnos más.

Secundilla resoplaba mientras subía la calle empedrada y empinada que llevaba al teatro.

Dejaron atrás el templo y, casi sin resuello, le recriminó a Mummius:

- Ni siquiera hemos podido pasar por el foro para comprar las telas que necesitaba.

Al fin apareció el teatro, acunado en la ladera del cerro. Ya no había público abarrotando las entradas, tan sólo los carteles que anunciaban la obra. No obstante, el griterío que se escapaba del interior se hubiera escuchado desde el otro lado del río.

Secundilla entró la primera; el teatro estaba repleto.

- ¿Ves?, te lo dije, ya no hay sitio para nosotros, ahora tendremos que subir hasta la última grada y pelear con los esclavos por ocupar un mísero espacio donde casi no podremos ni respirar –se lamentaba.

- No te preocupes, desde aquí también lo verás bien.

Secundilla no pudo replicar porque el telón comenzó a subir.

Ante el pódium decorado con pinturas, que soportaba un vistoso frente escénico, salteado de esculturas y de columnas de granito revestidas de estuco, apareció un personaje con túnica harapienta y con el pelo rojo chillón; tras él, un baúl blanco.

De repente, Secundilla dejó a su marido la bolsa en la que guardaban la comida y se puso en pie.

- Señoras y señores, antes de que comience la obra, me gustaría decirles que ha sido muy difícil estar hoy aquí. Hemos sido protagonistas de una aventura digna de cualquier obra de teatro, pero por nada del mundo podíamos permitir que se quedaran sin el espectáculo principal de sus fiestas en honor a Iupiter Optimus Maximus. Verán, anoche al concluir la representación en Augusta Emerita nos amordazaron y fuimos secuestrados en nuestro propio carro. Tras recorrer incalculables millas por calzadas inciertas, conseguimos liberarnos y, junto a este baúl que custodia fielmente las máscaras que dan vida a nuestros personajes, saltamos del carro. No había luna ni antorchas alumbrando la entrada de acogedoras villas. Vagamos por el campo sorteando encinas y olivos hasta que al amanecer apareció ese gran río que se pasea triunfante por sus tierras, y al poco también se presentó el medio para llegar hasta Metellinus –dijo señalando al barquero y a su esposa, mientras el público escuchaba expectante.

- Mummius y señora..., sin vosotros no habiéramos llegado a tiempo. Por ello, como muestra de agradecimiento y conscientes de que, sin duda, es su



mayor deseo, hemos reservado estos dos sillones para que disfrutéis de la obra –dijo señalando uno de los espacios más próximos al escenario e indicándoles con un gesto que bajaran de prisa.

Mummius empujaba a Secundilla, que se había quedado plantada en medio de la escalera. Cuando consiguió reaccionar, comenzaron a descender prácticamente sin apoyar los pies en el suelo; fueron dejando atrás las gradas ocupadas por artesanos, médicos, panaderos y fruteros; sobrepasaron incluso los primeros asientos, designados para los magistrados de la ciudad, y se instalaron en su nueva plaza ubicada en la mismísima orchestra, resplandeciente con el suelo de mármol, donde ese día no habría coro, sino dos personajes emocionados que se disponían a presenciar su primera obra de teatro, representada por los mejores actores del momento y desde un lugar privilegiado.

Clodio se dirigió entonces a Secundilla y le dijo:

- No olvides que al terminar la representación tenemos una cita en la puerta principal del teatro.

Ella, completamente ruborizada, bajó la cabeza mientras el público soltaba una sonora carcajada.

**FIN**

# AUGUSTALIAS EN CORDUBA

- ¡Vamos, Claudia!, ¡levántate! Han llegado los idus de octubre, ya están aquí las *Augustalias*. No podemos llegar tarde –dijo Aurelia mientras sacaba del baúl la túnica blanca de su hija.

La pequeña abrió sus grandes ojos azules y, descalza, corrió hacia los rediles. Sólo se detuvo un instante para recoger varias hojas de parra, las preferidas por Zeus.

Llegó a los corrales con su inagotable sonrisa, ansiosa por verlo. Pero su entusiasmo pronto se desvaneció, algo terrible había sucedido. Zeus no estaba en su emplazamiento habitual.

- ¡Zeeeuuus! –gritó con dos lagrimitas de desesperación asomando en sus ojos.

Buscó en los demás rediles, se subió sobre las maderas que conformaban las vallas, como una cigüeña haciendo equilibrio, y miró insistente entre los caballos y las vacas. Pero era inútil, no aparecía por ningún lugar.

Su brillante sonrisa se diluyó por completo y una oscura tristeza la envolvió. Se negaba a aceptar que ya nunca más volvería a verlo saltar y corretear a su alrededor. No podía creer que el chivito más hermoso y alegre del lugar, su gran amigo, se hubiera marchado.

Claudia temía lo peor y, desesperada, fue a buscar a su padre, exigiendo con su gesto apenado una explicación.

- ¡Papá!, Zeus ha desaparecido.

- No te preocupes, hija, seguro que estará bien, los dioses lo protegerán –respondió su padre sin mirarla a los ojos–. Anda, tienes que vestirte o llegaremos tarde.

Para ella las fiestas ya no tenían mucho sentido, pero debía acompañar a sus padres.

Accedieron a Corduba por la Vía Augusta, desde donde ya se divisaba el templo. Llevaron el carro hasta la casa de su tía Cornelia y todos se dirigieron al foro. Dejaron atrás el circo y se adentraron en la plaza, los soportales estaban repletos de quienes realizaban las últimas compras en





aquellas tiendas que aún no habían cerrado. La familia de Claudia se aproximó sin dilaciones al templo. Sus puertas estaban abiertas de par en par y los congregados se esforzaban por ver más allá de las sombras vacilantes que proyectaban las lucernas desde la sala principal del edificio.

El sacerdote subió los peldaños y accedió al interior. Se colocó frente el fuego sagrado que ardía ante la divina estatua del emperador y llenó un recipiente de bronce con sus ascuas.

Salió del templo y se acercó hasta el altar que precedía las seis columnas de mármol de la fachada principal.

Todos esperaban atentos el inicio de los actos; todos no: Claudia acababa de descubrir algo increíble, inesperado y maravilloso junto a la puerta lateral del templo.

Aprovechando que su madre estaba pendiente de la ceremonia, le soltó la mano y se alejó hacia allí.

El sacerdote, ataviado con túnica blanca y un manto sobre la cabeza, comenzó los cánticos en honor a la divinidad. Invocó la presencia del dios con los brazos alzados y realizó la plegaria pertinente solicitando su protección, mientras arrojaba incienso en el fuego sagrado.

A cambio de ofrecer amparo, los dioses exigieron su tributo.

Había llegado el momento más importante de la ceremonia. El cuchillo afilado y los recipientes para recoger la sangre y las vísceras estaban preparados. Los auxiliares debían conducir al animal elegido para el sacrificio hasta el altar, previamente purificado con el agua lustral y engalanado con cintas de colores, pero el tiempo pasaba y el animal no llegaba.

El sacerdote miraba con insistencia a sus ayudantes, que se encogían de hombros y le hacían gestos extraños. Pero ¿qué estaba ocurriendo? El oficiante, desconcertado, dio una vuelta en torno al altar y los auxiliares aprovecharon para informarle. Los congregados murmuraban, la ceremonia no se podía retrasar más y al fin el sacerdote anunció lo siguiente:

- Se ha producido un incidente insólito, un contratiempo lamentable. En lugar del sacrificio previsto, nos vemos obligados a ofrecer al dios esta libación de vino; confiamos en que también sea de su agrado.

Nunca antes había sucedido algo parecido, los lugareños se lamentaban y temían la reacción del dios.



El sacerdote derramó un jarro de vino sobre el altar y concluyó la ceremonia con el himno final que daba paso a la procesión.

Los sacerdotes y magistrados, envueltos aún en aromas sagrados, abrían la comitiva junto a los carros que portaban las imágenes de Augusto y Claudio. Tras ellos, los jóvenes vestidos de blanco y adornados con coronas de laurel; por último, el resto de participantes. Se dirigían al circo donde darían comienzo los Juegos Augustales.

Cuando el gentío comenzaba a organizarse, apareció Claudia, que volvió a tomar la mano de su madre. Fue entonces cuando Aurelia se percató de que la pequeña no había estado presente durante toda la celebración.

- Pero ¿dónde te has metido? –le preguntó angustiada.

Ella se dirigió entonces a su padre.

- Papá, tenías razón, los dioses han protegido a Zeus. Lo hallé en el templo, se alegró mucho al verme, movía sin parar sus orejas inquietas y me colmó de besos. Estaba muy limpio y adornado con cintas de colores, aunque me confesó que deseaba volver con nosotros. Pero no te preocupes, ya lo he solucionado –dijo levantando súbita e inesperadamente con las dos manos al pequeño Zeus.

Aurelia y su marido quedaron atónitos, boquiabiertos, cuando tuvieron ante ellos de nuevo al entrañable animalillo mordisqueando sin parar aquellas peculiares cintas de colores.

**FIN**

# SORPRESA EN CASTRA CAECILIA

- ¡Otra vez ha sucedido!, de nuevo los lusitanos. En esta ocasión han interceptado a un grupo de reconocimiento. Hace varios días fue un carro con provisiones y un poco antes nos arrebataron la cebada para los caballos.

¡Qué todas las maldiciones de los dioses caigan sobre ellos! No es posible que unos cuantos hombres desorganizados puedan con nuestra estricta disciplina militar, con nuestra organización y estrategias, con la supremacía de nuestras expertas legiones. Esto tiene que terminar –sentenció para concluir el prefecto del campamento.

- Toma, egipcio –dijo a su sirviente–, ofrece este incienso al dios Serapis, a ti te hará caso. No te demores, que aún tienes que disponer el vino y pronto llegarán los tribunos: tengo algo importante que comunicarles.

Mutis preparaba mejor que nadie el hidromiel y ése fue uno de los motivos por los que Drusus decidió tomarlo como sirviente cuando llegó al campamento junto al mejor proveedor de vino. También lo disuadió su silencio permanente; el prefecto estaba cansado de sirvientes parlanchines.

Antes de ir al templo, Mutis se dirigió hacia la vía Quintana, pues había decidido pasar por el foro.

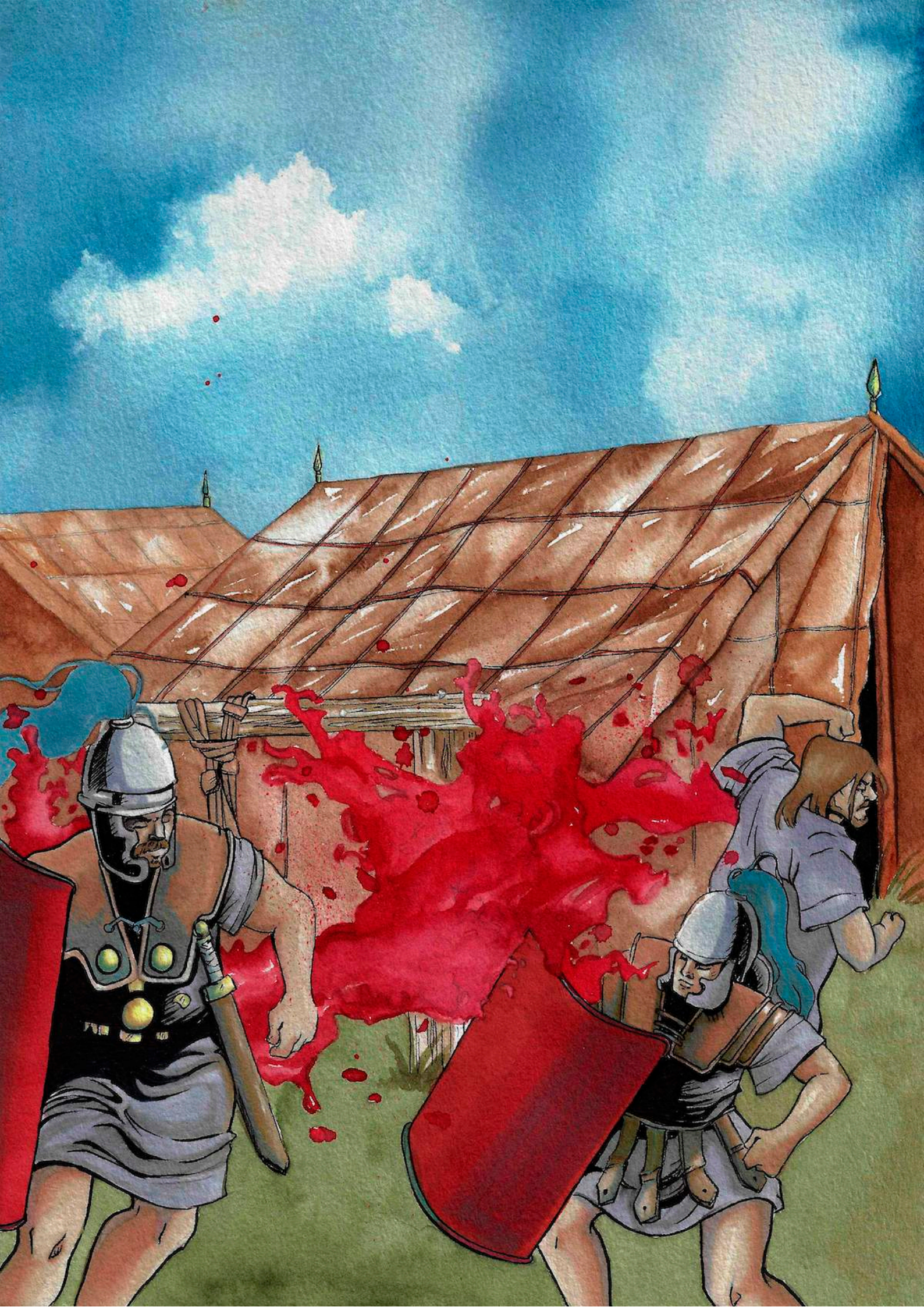
Nada más entrar, el vendedor que regentaba un puesto de vinos bajo los portales llamó su atención.

- ¡Eh!, fenicio, cuánto tiempo sin verte por aquí –dijo Titus.

Mutis lo saludó complaciente alzando su mano interminable y se sentó junto al estanque, en el centro de la plaza. Dos perros pardos y larguiruchos, probablemente de la misma familia por su pelaje idéntico, se acercaron a olisquearlo. Él los acarició, y en un descuido la bolsa de incienso para la ofrenda desapareció bajo el agua. Titus dejó de respirar por un instante; sería aquello un mal augurio, pensó.

Mutis volvió al praetorio. Los tribunos ya habían llegado y Drusus lo esperaba impaciente. El prefecto le hizo una mueca indicándole que sirviera de inmediato el vino.

- Vamos, griego, llénala –le exigió uno de los oficiales acercando su copa de bronce.



La variopinta e indefinida indumentaria de Mutis le otorgaba un aire exótico e incatalogable. Portaba un gorro como los fenicios; sobre su cabeza ancha y su pelo rizado, sandalias de juncos con la punta ligeramente encorvada hacia arriba como los egipcios, y una túnica blanca con franjas verdes similar a la que vestían los griegos envolvía su cuerpo menudo.

Los tribunos rodearon a Drusus y éste tomó la palabra.

- Se acabó, mañana atacaremos el asentamiento de los lusitanos, uno de nuestros espías lo ha descubierto.

Hizo una pequeña pausa para tomar aire con su boca diminuta y su nariz achatada. Nadie se atrevió a replicar y enseguida continuó.

- Para cuando llegue Quinto Cecilio Metelo habremos acabado con ellos. Saldremos por la Porta Pretoriana. Primero la caballería, tras ellos la infantería y a ambos lados las tropas auxiliares. Nada puede fallar.

Perfiló los últimos detalles y después despidió a sus hombres.

- Descansad bien esta noche, mañana nuestra pesadilla habrá terminado.

Los oficiales se marcharon para disponerlo todo con el fin de poner en marcha cada una de las piezas de aquel experimentado ejército.

Cuando el día comenzó a despuntar, Drusus aguardaba inquieto a que su sirviente de confianza le llevara el uniforme de combate, pero Mutis no llegaba.

-¡Egipto! –gritó–, ¿dónde te has metido? ¡Condenado necio!

Cuando la paciencia estaba a punto de colmarle, le avisaron de que un centurión lo reclamaba urgentemente para notificarle algo desconcertante que había sucedido.

- Vamos, habla.

Con voz titubeante, dijo al fin el centurión:

- Esta mañana, al abrir las puertas del armero para que los legionarios cogieran las espadas y los *pilum* de lucha, el suboficial responsable se percató de que estaba completamente vacío.

- ¡Cóóómo!, no es posible. Nadie puede superar los dos fosos que rodean el campamento y mucho menos las murallas sin ser interceptado. Pero qué...



how long  
how long  
how long  
how long  
how long

Aún no había asimilado lo ocurrido y se presentó ante él otro centurión.

- Creo que debería acompañarnos para que usted mismo vea un nuevo hallazgo.

El desgarrado centurión lo llevó hasta la puerta Principalis próxima a una de las dos torres que flanqueaban la entrada, y allí le mostró un enorme boquete abierto en la muralla.

- Pero... ¿quién ha podido hacer esto? Y los vigías, ¿dónde estaban? ¿Es que nadie se ha percatado de lo que estaba ocurriendo?

- Aún hay más –dijo el centurión, señalando un trozo de pergamino que había clavado con un hierro en el hueco más visible de la muralla.

Drusus se lo arrebató iracundo a las cuarcitas y pizarras que lo amparaban. En un tosco latín se podía leer:

«No soy mudo, ni soy fenicio, ni griego, ni egipcio, sólo soy un leal guerrero lusitano. Si queréis recuperar vuestras armas, debéis buscarlas en el fondo del estanque. Que la diosa Ataecina os acompañe».

- ¡Ohhh, nooo!

Drusus lanzó al aire un resoplido cargado de ira tan poderoso que hubiese podido tumbar a toda una legión. Después ordenó a sus soldados que se organizaran en varias hileras para ir sacando las armas del estanque.

Cuando acababan de recuperar las últimas espadas oxidadas y totalmente deterioradas, apareció Quinto Cecilio Metelo con su uniforme impecable sobre un caballo negro, acompañado por su inseparable guardia.

- ¿Están preparadas las estancias del general, tal y como os anunciamos en el correo? –requirió su asistente personal.

- ¿Qué correo? –preguntó Drusus extrañado.

Todos se miraron resignados. Había vuelto a suceder.

- Ahhhhh, ¡esos malditos lusitanos...!

**FIN**



La autora:  
**M. Eloísa Caro Durán**  
[Contacto](#)

La ilustradora:  
**Cristina Vaquero**  
[Contacto](#)

La Editorial:  
[WeebleBooks](#)

En WeebleBooks creemos en una educación al alcance de todos sin excluir a nadie por cuestión económica. Una educación diferente, más divertida, más original y creativa, y más adaptada al siglo XXI. Para ello hemos creado este proyecto educativo, que está abierto a la colaboración de todos, para fomentar la educación ofreciéndola de una forma atractiva, moderna y sin barreras económicas o geográficas. Creamos y editamos libros educativos, divertidos, modernos, sencillos e imaginativos para el público infantil y juvenil de forma gratuita en versión digital.

[info@weeblebooks.com](mailto:info@weeblebooks.com)

[Visita nuestra página para descargar más libros gratuitos:](#)

Mi primer viaje al Sistema Solar  
Descubriendo a Audrey Hepburn  
La guerra de Troya  
El descubrimiento de América  
Amundsen, el explorador polar  
Pequeñas historias de grandes civilizaciones  
La Historia y sus historias  
El reto  
Descubriendo a Mozart  
¡Espárragos en apuros!  
El equilibrista Alarmista  
Uh, el cromañón  
El lápiz que deseaba escribir solo

Mitología básica para todas las edades  
Descubriendo a Dalí  
Cocina a conciencia  
Descubriendo a Van Gogh  
Apolo 11, objetivo la Luna  
El Lazarillo de Tormes  
El ratoncito y el canario  
Mi primer libro de Historia  
OVNI  
La tortilla de patatas  
De la Patagonia a Serón  
Mi amiga Andalucía  
El mago detective  
Objetivo Polo Sur

# Patrocina este libro

Incrementa el Valor de tu Marca y conviértete en una  
Empresa Socialmente Comprometida

¿Hablamos?

Contacta con [info@weeblebooks.com](mailto:info@weeblebooks.com)



WEEBLEBOOKS



<http://www.weeblebooks.com>

**Puedes descargar este libro gratuitamente  
en [weeblebooks.com](http://www.weeblebooks.com) o en la App Weeblebooks**